

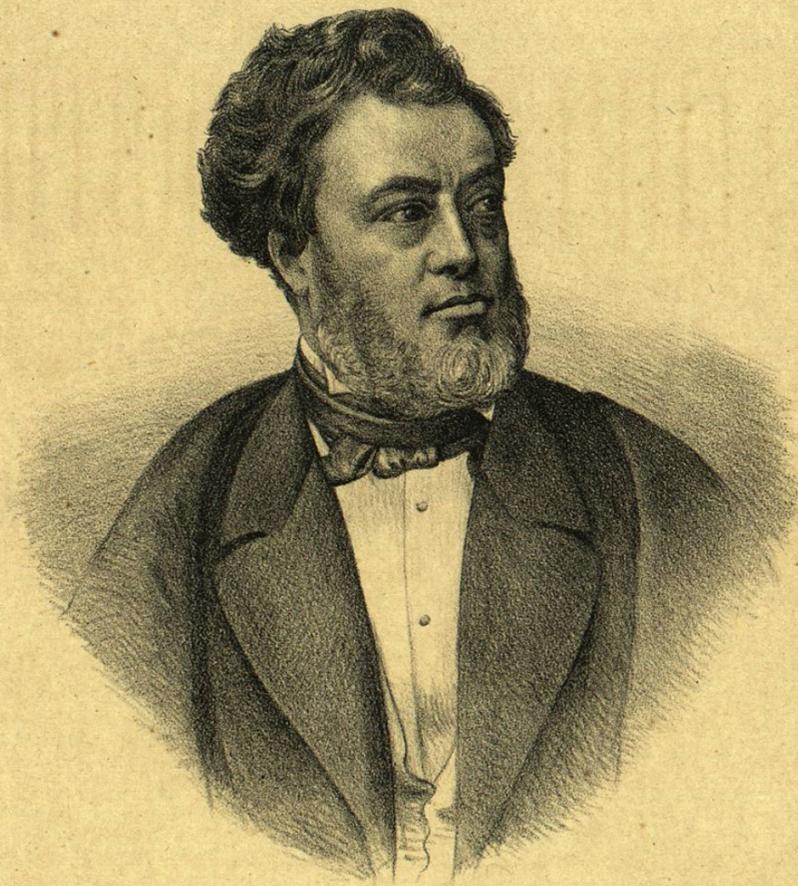
turados algunos miles de hombres. «Ahora se prepara una expedición sobre Sonora, donde encontrarán dificultades también las tropas francesas.»

«¿En qué quedamos? exclamó; proclamamos el principio de nacionalidades en Alemania y en Italia, y á México hemos ido á establecer un gobierno con la espada, y una vez establecido, nos colocamos en la alternativa de un desastre ó de una guerra sin fin, contra pueblos que podrán presentarse en el campo de batalla.» El año pasado, al pedirse créditos suplementarios, se decía que al fin de año no quedaría ya ni un soldado francés en México. Con esta promesa sucedió lo que con tantas otras, promesas, no diré ministeriales, sino humanas.» Se engañó al país y á la Cámara, al decir que se concentraban alrededor de la capital nuestras tropas, cuando está visto que se emprende la conquista á mano armada de aquel territorio, diez veces más grande que la Francia y lleno de guerrillas, que son la fuerza del país en la que se ha refugiado el patriotismo.

En el mismo cuerpo legislativo francés, pronunció un discurso M. Cortá, el hacendista que acababa de estar en México con la misión oficial de estudiarlo. Discutiase la enmienda presentada por algunos miembros de la oposición sobre asuntos de México y apoyada con energía por M. Favre. Declaró M. Cortá, en su peroración, que iba á dar testimonio de lo que había observado por sí mismo, disertó acerca de la vitalidad sorprendente de que México había dado pruebas, y sostuvo la tesis de que aquí la naturaleza lo había hecho todo para la prosperidad del país, y los hombres todo para su ruina. Ensalzó al gobierno y la política de Maximiliano, que, dijo había sido recibido aquí como el ángel de salvación de la Patria.

En cuanto á la cuestión financiera, aseguró que el Imperio de México presentaba "síntomas de solidez para el porvenir" *con tal que se apresure a fecundar los numerosos recursos que el país encierra*, siéndole fácil cubrir el presupuesto, que no pasaba de treinta millones de pesos. La obra de pacificación, según el orador, no podía ya ser larga; pero era necesario mantener en México el ejército que la había comenzado, pues retirarlo sería comprometer su obra, y hacer que en Europa fuese una irrisión la política francesa; sería abandonar á los que se habían acogido á la Intervención y á los adheridos al Imperio, dejándolos expuestos á las reacciones, y esto equivaldría á que la Francia dejara abandonado su honor. El ejército francés podría irse reduciendo, á medida que se organizaran los cuerpos auxiliares, pero hasta que estuviesen seguros y en cobro los intereses de México. En cuanto á los Estados Unidos, ninguna inquietud debían inspirar las eventualidades que ocurrirían por aquel lado.

Dos condiciones eran necesarias, según M. Cortá, para regenerar este magnífico país: *un gobierno regular y el transcurso del tiempo*; la primera ya la tenía, pues los indios habían aclamado á Maximiliano, el hombre de la predicción, el hombre de los cabellos dorados y ojos azules venido del Oriente. "Creo poder decir, agregó, que al llegar á México y tomar posesión de la Capital, estaba de antemano consagrado, por el asentimiento universal de los pueblos, á los que era llamado para gobernar."



*Julio Favre.*

Republicano vehemente. En la cámara francesa de los diputados, atacó el *ultimatum* de Mr. Saligny y calificó de estafa el crédito de Mr. Jecker.

"Todos los elementos de raza española y conservadora, así como los cuerda mente liberales, se habían agrupado en torno suyo."

Llamó á Maximiliano el hombre más liberal de México. En la cuestión hacendaria demostró, citando números, que el gobierno imperial no tendría dificultades para cubrir su deuda exterior, ni para extinguir la interior; la pacificación se aseguraba con la ocupación de Matamoros y Oaxaca. "No obstante, aun no había llegado el momento de retirar el ejército, pues que esto equivaldría á abandonar á los que habían acogido la Intervención, "nuestra bandera recogida con apresuramiento, dejaría abandonada la honra de la Francia." Puede exigírsele á la Patria un sacrificio pecuniario más nunca el sacrificio de su honor." (1)

Los intervencionistas cobraron ánimo á causa del discurso que pronunció en el mismo cuerpo legislativo el ministro de Estado Rouher, en la sesión del 11 de Abril (1865.) Terminó su brillante y sofisticado discurso con estas notables frases: "He dicho y repito, que la expedición francesa en México ha sido un gran suceso, y que con ella la Francia ha conquistado para la civilización un gran país. Que su bandera flote allí unos meses más; que acabe de destruir todas las resistencias; que aniquile á aquellos bandidos, últimos restos de tantas revoluciones; que extirpe aquellas malas pasiones sublevadas ¿qué importa una permanencia de algunos meses todavía? Es preciso llegar al fin. Que la pacificación sea completa. La dignidad de la Francia, la del Emperador, lo quieren del mismo modo. El ejército francés no debe regresar á nuestras playas sino después de acabada su obra y triunfante de todas las resistencias que haya encontrado." (2)

El ministro Rouher consideró los peligros que haría surgir el término de la guerra con los Estados Unidos, y declaró que el gobierno francés había recibido del norteamericano las seguridades pacíficas más positivas á este respecto. El nuevo minis-

(1) Estas frases fueron acogidas con exclamaciones de ¡muy bien! ¡muy bien! en los bancos de los gobiernistas.

(2) En una de las sesiones del cuerpo legislativo, dijo Mr. Jules Favre: "El año pasado oísteis aquí á uno de nuestros honorables colegas, que venía de México, decir que el Emperador Maximiliano debía triunfar de todo obstáculo, porque tenía ojos azules y cabellos de oro. La Nación mexicana no tenía siquiera necesidad de verle: lo presentia ya, cuando aún se hallaba él en Miramar. Todo el mundo se había agrupado anticipadamente en derredor suyo. Además así lo aseguraba el "Moniteur" del 27 de Enero, hablando de la adhesión unánime de los mexicanos al Emperador Maximiliano."

Se habla de pacificación; pero ¿cómo se pacificó? He aquí ciertas noticias sobre las cuales el "Moniteur" ha sido intimado á dar explicación y ha callado. Si ellas son exactas, digo que son una mancha en la Historia de la Francia. Leo en un diario de París, de 19 de Abril de 1865: La pacificación de México se va completando cada vez más; el general de Castagny ha incendiado una villa, Romero y otros jefes han sido ejecutados.

Ahora bien: ¿cuál es esa villa incendiada? ¿Qué, es San Sebastián? Una población de cuatro mil almas. En la proclama del mismo jefe del ejército, en la cual trata de la suerte reservada á los que no se someten, encuentro estas frases: "Mexicanos, yo he venido á proteger vuestra propiedad. Proteger la propiedad es incendiar un pueblo!"

Una voz: ¡no habláis de los actos de bandidaje que han motivado esas represalias!

M. Rouher, ministro de Estado: ¡En sus guaridas de bandidos!

M. Garnier-Pegés: «Una villa entera incendiada!»

M. E. Pelletán: ¡Eso pasa en Polonia!

tro americano, Mr. Bigelow, había conferenciado con Mr. Drouyn de Lhuys, y le hizo en nombre de su gobierno las más tranquilizadoras promesas. Rouher terminó su discurso insistiendo en que la pacificación de México interesaba igualmente la dignidad de la Francia y de su Emperador. (1)

La discusión de los presupuestos en el cuerpo legislativo francés, ministró la ocasión en este año de 1865, como en los anteriores, para que los miembros de la oposición combatiesen la política de aquel gobierno, especialmente en cuanto á las expediciones lejanas, asegurando uno de los oradores que la expedición á México había costado ya más que la guerra de Italia. Mr. Thiers creía que evacuando á México se conseguirían grandes economías. "Yo sé, dijo, que costará algo al amor propio del gobierno," y con tal motivo citó las palabras de M. de Caulaincourt dirigidas á Napoleón I, en un memorable ocuroso. "Señor, haced esta paz; será costosa á vuestro amor propio; pero nada costará ella á vuestra gloria, porque ésta es la de la Francia y la gloria de la Francia nada tiene que sufrir por las proposiciones que se os hacen."

La muerte del duque de Morny, medio hermano de Luis Napoleón, acaecida el 10 de Marzo, fué un golpe para los interesados en los negocios del banquero Jecker y en los proyectos sobre Sonora, porque también estaba en sociedad con el doctor Gwin; esa muerte quitó del lado del Emperador francés, la grande influencia que obraba constantemente en favor de la expedición á Mexico, aun contrariando á los miembros del gabinete imperial.

Los negocios de México, tan íntimamente enlazados con los de los Estados Unidos, eran para Luis Napoleón de suma gravedad. La opinión del pueblo francés, contraria á la expedición de México, buscaba abrirse paso contra la violencia que la comprimía, llamando la atención que se repitiera constantemente que México estaba ya pacificado y que era unánime el sentimiento de las poblaciones, á la vez que se afirmaba que había aun cuerpos republicanos organizados que combatían en nombre de Juárez; y era evidente que un Mariscal de Francia había tenido que ir personalmente á combatir una plaza cuando toda resistencia parecía concluida.

Influía mucho á la vez en el ánimo del pueblo francés, la consideración de lo expuesta que estaba la Francia á tener una guerra con los Estados Unidos, al saberse

(1) "Sin la expedición de México, dijo uno de los oradores, la Nación contaría hoy con quinientos millones de francos más en activo." Los diputados Favre y Garnier-Pagés, fueron los que hicieron apreciaciones más fuertes en este sentido.

La guerra de México, dijo M. Thiers, nos ha costado ya más que la de Italia. La retirada de México del ejército expedicionario, produciría la primera de las economías que tanto necesita la Francia, ahorrando cincuenta millones al año.

M. Favre decía: la expedición de México ejerce una doble influencia en nuestros presupuestos; figura á la vez en los gastos y en los ingresos; pero para cobrar 25 millones que figuran en los ingresos, es indispensable que gastemos 33 millones que hoy se nos piden. Esta expedición fué emprendida para asegurar el cobro de un crédito de un millón de pesos y otros admitidos entre 5 y 12 millones, y llevamos gastados ya en ella más de cuatrocientos.

En el cuerpo legislativo francés, el 2 de Junio, criticó Mr. Thiers al gobierno porque los presupuestos excedían de dos mil millones de francos, siendo indispensable que México fuese evacuado, pues de lo contrario Francia caminaría á la bancarrota ó á las contribuciones ruinosas.

que los unionistas habían ocupado ya á Richmond y el general separatista Lee estaba derrotado; también influían los discursos pronunciados por los más importantes políticos norte-americanos, contra la conducta observada por Francia en la guerra civil de los Estados Unidos.

Mr. Seward le achacaba, así como á Inglaterra, que en sus puertos se había permitido que se abrigara una bandera pirática y que se hubiese prestado amparo y protección á los rebeldes refugiados en los dominios de esas dos Naciones. Se declaró que cada pueblo tenía derecho para arreglar sus negocios según le pareciese, expresándose en este sentido terminantemente Mr. Johnson, vice-presidente entonces de los Estados Unidos y poco después Supremo Magistrado, por lo cual no podía pasar desapercibida la grande importancia de las palabras proferidas, que venían á convertir se en auxilio moral y aun físico para los republicanos de México, siendo uno de los más activos en tal sentido el general J. M. Carbajal.

Este jefe, autorizado por el gobierno del Sr. Juárez para contratar extranjeros que prestaran sus servicios á México y buscar recursos en los Estados Unidos, llegó á Washington el 25 de Abril (1865) procedente de Nueva York. Era uno de los que con más ahínco habían propuesto el alistamiento de extranjeros y había recibido instrucciones y nombramiento para poner en planta sus proyectos, desde Diciembre del año anterior, aunque no se aclaraba si solamente debía recibir á los extranjeros que se le presentaran en México ó podía pasar á la vecina República de Norte para solicitarlos.

El general Carbajal, que hacía la guerra á la Intervención en Tamaulipas, se había relacionado con el general norteamericano Lewis Wallace, quien al ver las autorizaciones que Carbajal tenía, le manifestó que eran suficientes para que, si pasaba á los Estados Unidos, consiguiera recursos, armas, municiones y todo lo demás que deseara. Animado con esta opinión Carbajal, se determinó á marchar á Nueva-York, á donde llegó en unión del mismo general Wallace, á mediados del mes de Abril de 1865, precisamente en los días en que la guerra civil de aquella Nación terminaba con el completo triunfo de los unionistas. Desde Nueva-York anunció el objeto de su viaje al ministro mexicano, quien consideró muy oportuna la llegada del general Carbajal, pues éste hablaba correctamente el inglés y se había educado en los Estados Unidos, por lo cual se consideraba que conocería el país lo bastante para llevar á buen término su comisión.

Se encontró con que también el ministro Romero había recibido autorización para negociar un préstamo en los Estados-Unidos, y no yendo de acuerdo en la manera de considerar el asunto, se pusieron ambos en abierta oposición, aunque el Sr. Romero dió un certificado manifestando, que el referido general tenía autorización para negociar fondos, y que cualquier contrato ó compra que se verificase en cumplimiento de dicha autorización y de acuerdo con ella, obligaría al gobierno mexicano. En Nueva-York no tuvo éxito el general en su empresa de conseguir fondos, y escribió al Sr. Romero en los primeros días de Junio, que pensaba regresar á Tamaulipas, aun-